

LA REVOLUCION.

(133 á 30, ANTES DE LA E. V.)

1.—La transformación social; influencia del helenismo en la religión y las costumbres; la literatura; la filosofía. Situación económica de la República; las grandes propiedades, la esclavitud. La plebe urbana. — 2.— Los remedios: Tiberio Gracco y la ley agraria. El segundo Africano y el remedio aristocrático. Cayo Gracco y la reforma política. Fracaso de los reformadores. — 3.— Los gobiernos personales: Mario soldado y demagogo; Syla soldado y dictador. — 4.— La transición: Pompeyo, su obra militar; Cicerón, su obra política; Catilina. — 5.— César cónsul y procónsul; el primer triunvirato. — 6.— César solo; la guerra civil. Fundación del imperio. — 7.— Sus herederos; el segundo triunvirato. — 8.— De Filipo á Actium

1. *La transformación social; influencia del helenismo en la religión y las costumbres; la literatura; la filosofía.*—Llamamos *la Revolución* al período de un siglo que se extiende desde los últimos tiempos de la conquista del mundo hasta que, como consecuencia de ella, desaparece la constitución republicana, después de lenta y dolorosa agonía.—Roma, al poner el pie victorioso en Oriente, se puso en íntimo contacto con el helenismo (e. d. la cultura greco-oriental), en plena difusión, y como era la romana una cultura inferior, sufrió el ascendiente de la superior hasta desaparecer; los conquistadores, ya lo dijo Horacio, resultaron conquistados.—La transformación la sufrió la sociedad romana en sus órganos vitales. Su religión, presidida por genios rústicos y mercantiles sin historia y sin poesía, cedió el paso á la helénica; apenas por vagos motivos los dioses griegos tradujeron sus nombres en los de los latinos, y Zeus se llamó Iove; Hera, Iuno; Atena, Minerva; Poseidón, Neptuno; Afrodita, Venus, etc. El culto formalista romano persistió mezclado á los ritos helenos; pero las creencias, fundamento de la ciudad, nada fueron cuando la espléndida y dramática mitología de Grecia y Oriente las disolvió; y lo más grave fué que, como los romanos no buscaron lo que podía haber de ideal en los mitos helenos, sino se atuvieron á su forma y ésta había llegado á un descrédito profundo entre los griegos mismos, los hombres de cierta ilustración cesaron de creer en las divinidades, y la religión no fué más que una apariencia útil para las multitudes; un recurso político, no una fe (Polybio). Disueltas las creencias, las costumbres, sin freno moral, declinaron de su vigor primitivo. Los helenos inundaron á Roma; eran los cocineros, los barberos, los secretarios de los patricios y enseñaban á los hijos de éstos: las clases que gobernaron á Roma desde entonces fueron educadas por libertos griegos. La inmensidad del botín de guerra recogido en Oriente enriqueció al erario y á los particulares; Roma y las casas romanas se atestaron de obras de arte; el lujo

desplegado en las habitaciones, en los vestidos, en la alimentación, en las fiestas, en los triunfos, fué inusitado, y naturalmente el despegó por el cumplimiento de los austeros deberes cívicos y el amor al placer en todas sus formas, propio de los pueblos nuevos repentinamente iniciados en los refinamientos de lujo, se desenvolvieron juntos; había escuelas de maestros de baile en que más de quinientos niños y niñas de las principales familias de Roma hacían vida casi común con gente infame, y cuando se persiguieron las sociedades secretas formadas por los adoradores de Bacco, se encontraron hechos tales de depravación y de vicio, que hubo necesidad de matar, entre hombres y mujeres, como diez mil personas. Todo naufragaba ostentadamente; el matrimonio era un negocio, el adulterio un hábito, el divorcio una necesidad cínica; la férrea familia romana era sólo un recuerdo.—Los romanos no tenían ni la flexibilidad intelectual, ni la universalidad, ni la imaginación de los helenos; su superioridad residía en la precisión y la sobriedad del pensamiento, en la firmeza y en la tenacidad de la voluntad. Su inteligencia se aplicó al lado práctico de las cosas y produjo resultados grandes y duraderos en política y jurisprudencia; pero no era favorable á la literatura y al arte (Teuffel). Por eso, mientras su personalidad permaneció intacta, nada literario produjeron los romanos, aunque cultivaron la elocuencia política y jurídica; hasta que la influencia de los griegos descompuso su fisonomía nacional, los romanos empezaron á imitarlos y luego á crear, imitándolos. Los cantos religiosos, como el de la cofradía de los Arvales que nos ha quedado, carecen de poesía; poetas italianos hubo que imitaron á los épicos y á los trágicos griegos sin éxito; en realidad sólo la comedia griega, con Plauto y Terencio, dió origen á obras de cierta originalidad. En *historia* (así se llamaba la contemporánea, *anales* se denominaban las crónicas antiguas) los primeros autores, ó fueron griegos, como el admirable Polybio, ó como F. Pictor, de quien mucho tomó Polybio, ó fueron latinos escribiendo en griego; Catón el primero, fué quien empezó á escribir en latín la historia de Italia.—La filosofía apareció entre los romanos con una embajada helénica presidida por Carneades, neacadémico, acompañado de un cínic y un estoico. Los romanos admiraron la sutileza de sus palabras y se aficionaron á todas las escuelas filosóficas; el estoicismo, con su moral severa hecha para las almas elevadas, y el epicureísmo, considerado malamente como una doctrina de refinamiento sensual, se dividieron la parte ilustrada de la sociedad.

2. *Los remedios: Tiberio Gracco y la ley agraria; el 2º Africano y el remedio aristocrático; Cayo Gracco y la reforma política. Fracaso de los reformadores.*—La conquista había aumentado en todas partes el *ager publicus*,

pero los ricos, contra todo derecho, lo habían monopolizado; la pequeña propiedad se había fundido á fuerza de usura en los *latifundia* (grandes propiedades rurales), y la clase media rural, nervio de la República por apegada á las instituciones, tendía á desaparecer. Los campos italianos sólo sirvieron para el cultivo del olivo y la vid y para formar grandes pastos; los cereales venían á Roma de Egipto, de Sicilia, etc., en grandes flotas *frumentarias*.—Ejércitos de esclavos poblaban los campos y las ciudades: esclavos indignamente alimentados y alojados. Pero el más grave de todos estos males era el crecimiento de la plebe urbana compuesta de campesinos arruinados que se volvían industriales, pero que tenían que luchar con la industria de los esclavos que producía más barato, por lo que, para vivir, vendían su sufragio en los comicios, mendigaban con su *espórtula* á la puerta del rico y no pedían más que fiestas, distribuciones de víveres y juegos sangrientos en los circos. Además de ellos, en los oscuros é inmundos laberintos de aquella ciudad sin policía casi y grande como Londres, pululaban los aventureros de todas partes, las prostitutas de todos los países, los esclavos fugitivos; en suma, la hez del crimen y del vicio del mundo que tenía en Roma su albañal colector. Y aquello en el *Forum* se llamaba ¡el pueblo romano! La República era una ficción.

Las ideas y los hábitos nuevos, corroyendo y pulverizando instituciones y tradiciones, tenían menos acción sobre el carácter romano que hasta el fin de la historia se manifestó en algunas almas. Estas se dieron cuenta clara de la situación y creyeron un deber supremo buscarla remedios. Volver á las antiguas costumbres era un sueño, tal fué el sueño del primer Catón; tipo del romano á la antigua, duro con el esclavo á quien, según el, no debía permitírsele más que trabajar y dormir; implacable con el enemigo, como una ley de las Doce Tablas—el estribillo de sus discursos era «y debe desaparecer Cartago»—buen soldado, excelente orador, al que definía así: el hombre honrado perito en el decir (Quintiliano) Catón, cuando fué Censor, trató de depurar el Senado; éstas eran medidas secundarias ó paliativos (184 á E. V.).—Catón se había declarado adversario de los Scipiones, esa familia de grandes servidores de la patria y de grandes ambiciosos que había patrocinado la introducción del helenismo en Roma; Catón aborrecía á los griegos: «han jurado exterminarnos á todos porque somos bárbaros,» decía; los filósofos, los médicos, que abundaban en la casa de los Scipiones, eran, sobre todo, objeto de su odio; y, sin embargo, allí fué donde nació la idea de salvar á la República por medio de grandes medidas sociales.—Tiberio Gracco, hijo de un plebeyo noble, Sempronio Gracco, y de una distinguidísima mujer, Cornelia, hija del primer Africano, obtuvo el tribunado en 133 y propuso una ley agraria, que no era en el fondo más

que la restauración de *las leyes licinias* vigentes en mejores días: limitar la posesión del *ager publicus* usurpado; pero para ser equitativo con los patricios usurpadores, convertir esa posesión reducida en propiedad, por vía de indemnización; repartir las tierras sobrantes entre los ciudadanos y los italianos pobres, tal era el justo proyecto de Tiberio. Los usurpadores de terrenos ó los que los habían adquirido de los usurpadores le hicieron oposición resuelta y ganaron á otro de los tribunos, Octavio, para que interpusiera su veto y la *rogación* no pasara; Tiberio hizo deponer al tribuno, verdadero golpe de Estado contra la constitución republicana, una de cuyas bases era la inviolabilidad tribunicia; la ley fué votada y nombrado un triunvirato para ejecutarla, compuesto de Appio Claudio, suegro de Tiberio, éste y su joven hermano Caio. La aristocracia suscitó toda especie de obstáculos y propaló la especie, eternamente usada, de que Tiberio aspiraba á la monarquía; la plebe, que no gustaba dejar la suntuosa mendicidad de Roma por el trabajo de los campos, no siguió al tribuno que quería ser reelecto, y, en una asonada, un grupo de aristócratas lo mató.—Con todo, la ley quedaba vigente, aunque encontrando en todas partes oposición; los mismos municipios italianos que habían usurpado parte del dominio público, resistían aquellas medidas que tendían á disminuir la plebe en Roma y á crear una clase media rural. Cuando Scipión, el segundo Africano, después de destruir á Numancia volvió á Roma, encontró los ánimos en la más espantosa efervescencia y concibió el proyecto de realizar la reforma por medio de la aristocracia, pretendiendo que los cónsules se encargaran de aplicar la ley. Antes de que pudiera realizar sus designios fué asesinado (129).

Seis años después el partido democrático había adquirido fuerzas suficientes para elevar al tribunado á Caio Gracco: espíritu ardiente, elocuencia apasionada y soberana, miras políticas profundas, he aquí los caracteres distintivos de esta personalidad por todo extremo interesante. Su programa tuvo dos partes: desarrollar las medidas sociales propuestas por su hermano Tiberio; hacerlas viables desarmando á la aristocracia, implacable opositora á ellas, é identificándolas con los intereses de la clase de los banqueros, e. d., del orden ecuestre.—La primera parte consistió en la aplicación de la ley semproniana (así se llamaba oficialmente la ley agraria de Sempronio Tiberio Gracco) añadiéndole, para facilitar más el desahogo de la plebe urbana, la fundación de colonias, no militares, sino civiles, y escogiendo por ende los lugares en que habían prosperado las ciudades destruidas por la conquista: Cartago, Corinto, Capua, Tarento. Tal designio era admirable, y para tener de su lado al pueblo, Caio hizo decretar reparticiones periódicas de trigo á los ciudadanos, por la mitad de

su precio corriente.—La reforma política consistió en arrebatarse al Senado el derecho de formar con sus miembros el tribunal que debía conocer de las acusaciones contra los magistrados concusionarios, y en atribuir este derecho al orden equestre; este orden formado en los primeros tiempos de la República, de los ciudadanos que tenían determinado capital, fueran aristócratas ó plebeyos, había acabado por componerse exclusivamente de los que se ocupaban en el comercio del dinero (banqueros, publicanos, exactores), porque á los miembros del orden senatorial se les prohibió todo tráfico de este género. La reforma de Caio ponía en manos de los caballeros el gobierno de las provincias, sometiéndoles á los procónsules, á los propretors y á sus agentes.—Aprovechándose de que Caio había ido á establecer su primera colonia en Cartago, los aristócratas, valiéndose del tribuno Druso, minaron su popularidad halagando al pueblo con ofertas mejores. Caio, á su vuelta, no pudo obtener un tercer tribunado, y fué acusado por haber usado de un terreno consagrado á los dioses para su colonia (Cartago). Sus partidarios lo defendieron y se fortificaron en el Aventino; el Senado nombró un dictador, y después de una breve lucha Caio se hizo matar por un esclavo (121). Su nombre fué declarado maldito. *Las reformas habían fracasado, ya nada podía salvar las instituciones libres.*

3. *Los gobiernos personales: Mario, soldado y demagogo; Sylla, soldado y dictador.*—La triunfante aristocracia se apresuró á ponerse á cubierto de una nueva ley agraria, declarando propietarios á los usurpadores del *ager* y, como decía un tribuno, ostentó con insolente orgullo sus sacerdocios, sus consulados, sus triunfos, precio no del mérito, sino del pillaje. Por todas partes estallaban insurrecciones de esclavos, los piratas pululaban en el Mediterráneo y la Numidia casi recobraba su independencia, cuando Yugurtha, nieto bastardo de Massinissa, hacía matar á los reyes legítimos, sobornaba á los enviados de la República y en Roma misma compraba á los tribunos. Las legiones no comenzaron á recobrar su prestigio, sino cuando un soldado italiano, llamado Mario, ídolo de la plebe romana por su odio á los patricios, dirigió la campaña y acorraló á Yugurtha en las montañas, en donde un régulo berber lo entregó; el bravo númida murió de hambre en el Tulianum, prisión labrada en la roca del Capitolio (104).—Tiempo era de que Mario volviese á Italia; los *germanos*, con los nombres de *cimbrios* y *teutones*, habían hecho su primera tentativa contra el imperio que seis siglos después debía ser suyo. Aquellos hombres esbeltos, blanquísimos y blondos, que se agrupaban para combatir en falanges en cuyas primeras líneas estaban encadenados los combatientes y para quienes la muerte en el combate era la sola digna del hombre libre (Mommsen), espantaron á los romanos, que les negaron las tierras que pedían y se deja-

ron varias veces vencer y destrozar por ellos. Al volver á Italia, arrojados de España por los celtíberos, los *germanos* encontraron á Mario que los siguió, los desbarató y mató millares de *teutones* en Aix, marchando en seguida al encuentro de los *cimbrios* á quienes venció en Verceil (101). Pasaron de 60,000 los cautivos y del doble los muertos; las mujeres arrojaban á sus hijos á los pies de los caballos y se colgaban por el cuello de las lanzas enhiestas de los carros.—Mario, cuyas funciones de cónsul se habían renovado cinco veces, cosa inaudita, fué declarado «el nuevo fundador de Roma.» Plebeyo por su sangre y sus instintos, pero aliado á una de las más nobles familias (la gens Iulia) Mario se consagró á sus reformas militares; perfeccionó el armamento y la táctica, borró toda distinción de clases en las legiones ó hizo de la guerra una profesión. Las consecuencias fueron que el ejército permanente ya no fué imagen de la ciudad (al contrario, era una injuria para el soldado llamarle ciudadano, *quirite*), pues no tenía más patria que su enseña y su general y se convirtió en un instrumento admirable de conquistas, que deseaban, el patricio para tener más provincias que expoliar, el caballero más impuestos que cobrar y el proletario un erario más rico de donde sacar obsequios y juegos. Mario se alió por fin á los demagogos; pero cuando éstos renovaron y exageraron las reformas antaño intentadas por Caio Gracco y el Senado apeló á él como cónsul contra aquellos fautores de disturbios, él mismo atacó y dejó perecer á sus aliados.—Un patricio, Druso, pretendió tomar por cuenta de la aristocracia la reforma y unir al Senado y al proletariado contra el orden equestre; además, prometía á los italianos el derecho de ciudadanía romana, que les aseguraba la legalidad de sus contratos aun fuera de sus localidades y el derecho de comercio que comprendía el de legar y heredar, porque su situación sin esos derechos era bien triste, cuando pagaban tanto impuesto y llenaban las legiones. Druso fué asesinado y la rebelión italiana estalló (90). En esta guerra, llamada entonces *social*, e. d. de los *socii* ó aliados, tomaron parte Mario y un antiguo cuestor suyo, devoto de la facción aristocrática, llamado Sylla, que hizo en dicha guerra el principal papel y que logró sofocar la rebelión, ayudado por el Senado que hábilmente concedió el derecho de ciudadanía á los italianos fieles ó á los que se sometían oportunamente (88).

Al vencedor Sylla encomendó el Senado el encargo, codiciadísimo por Mario, de ir á combatir á Mitrídates en Grecia y Asia. En medio del más grave desorden un plebiscito confió el mismo mando á Mario; Sylla vino sobre Roma, y, cosa jamás vista, se apoderó de la ciudad, expulsó á Mario que huyó á Africa, y tomó luego el camino de Oriente. Apenas había partido Sylla, los demagogos se aperceibieron á la lucha; hubo batallas y matanzas, y Mario y

Cinna se apoderaron de Roma, haciendo en la ciudad y en Italia entera reinar el terror y el crimen; Mario murió en 86.—Syla, entretanto, después de tomar y castigar cruelmente á Athenas, y de algunas reñidas batallas, había arrancado la Grecia á Mitrídates, lo había seguido al Asia Menor, sobornando y disolviendo los ejércitos que mandaban á Oriente los demagogos, é impaciente de volver á Roma había celebrado con el rey del Ponto la paz. En 83 desembarcó en las costas italianas; después de una campaña empeñada y sangrienta y de terribles ejecuciones que convirtieron el Samnium y la Etruria en un cementerio, Syla, con el nombre de *dictador perpetuo*, quedó dueño del poder.—Un dictador no podía ejercer sino muy temporalmente su encargo; en realidad Syla era un monarca. Su política puede resumirse así: matar á cuantos podían ser temibles como enemigos y á cuantos estorbaban á sus amigos; proscribir y confiscar, para enriquecerse él y su séquito, y para poder repartir lotes de tierra entre sus soldados; creó así 120,000 propietarios nuevos, pero enseñó á sus imitadores el camino seguro del poder: prometer á la soldadesca la riqueza de los particulares.—Cerca de diez meses duró aquel régimen de delación, de terror y de muerte. Mas dentro de aquel tirano abominable había una alma romana; Syla pretendió hacer imposible la vuelta de un despotismo como el suyo é introdujo en la constitución reformas que concentraban el poder en el Senado, inamovible por la supresión de la censura, que disminuían la importancia financiera de los caballeros y nulificaban el tribunado. Creyó que la República se salvaría volviéndola á su origen oligárquico; pero los elementos que componían á la capital del mundo eran totalmente distintos de los que informaban al municipio latino del siglo V. a E. V. Lo que sobrevivió de Syla fué, no su constitución, sino su ejemplo. En 79 abdicó el poder y sin que nadie se atreviese á reprocharle nada, vivió algún tiempo como simple particular en su *villa* de Campania, entregado á los más inmundos desórdenes; cuando murió, su féretro vino á Roma en triunfo, todos sus soldados le seguían, Roma en masa salió á recibirlo, el Senado cantó himnos fúnebres en derredor de su pira y fué enterrado como los reyes en el campo de Marte (78).

4. *La transición: Pompeyo, su obra militar; Ciceron, su obra política; Catilina.*—Los jefes militares, el orden ecuestre y la plebe eran los enemigos naturales de la nueva constitución, contra la cual empezó á conspirarse sin descanso; el Senado tuvo la fortuna de encontrar un hombre de talento y de buena suerte que lo defendiera espada en mano, Pompeyo.—La primera insurrección acaudillada por el cónsul Lépido, fué vencida en los alrededores de Roma, y Pompeyo marchó á España, en donde se había refugiado un anti-

guo oficial de Mario llamado Sertorio. Soldado de primer orden, espíritu caballeresco, político hábil que explotaba las supersticiones de los indomables montañeses de Celtiberia, Sertorio no pretendía segregar á España del poder de Roma, sino crearse un buen ejército é invadir á Italia. Todo lo organizó con este fin, por eso no cesaba de entenderse con los galos, con los piratas que dominaban el Mediterráneo, con Mitrídates que de nuevo se había alzado en armas en Asia menor; por eso acogió á los restos del ejército rebelde de Lépido, y el suyo estaba mandado por romanos. Y, sin embargo, fué la táctica de los montañeses españoles la que le sirvió para hacer impotentes á las legiones contra él enviadas; cuando llegó Pompeyo á España las cosas fueron más serias, tuvo que ceder á la superioridad militar, y Sertorio, mal visto ya de los españoles por sus tendencias romanas, fué asesinado; poco después Pompeyo regresaba á Italia dejando casi pacificada á España (71). Italia estaba aún agitada por las últimas convulsiones de la *guerra servil*. Un grupo de esclavos destinados á las luchas del circo (gladiadores que muchos ricos romanos sostenían para alquilarlos) se sublevó en Campania, y dirigido por un tracio, que era un hércules por la fuerza del cuerpo y la grandeza del alma, Spartaco, logró atraerse á los campesinos y pastores de la comarca, empezó por vencer pequeños destacamentos y luego fuerzas mayores, y por último á los ejércitos consulares; empeñados los esclavos en buscar en la punta occidental de Italia comunicaciones con los piratas y conexiones con los esclavos de Sicilia en donde hacía poco había sido sofocada una terrible rebelión, hasta allí los persiguió el pretor Craso y los sitió inútilmente. Spartaco franqueó el muro con que Craso lo había cercado y tomó el rumbo de Calabria para salir de Italia y recobrar su libertad; la indisciplina de su gente lo obligó á presentar batalla; en ella fué vencido y murió heroicamente; más de seis mil prisioneros fueron crucificados entre Roma y Capua. Craso y Pompeyo se encontraron frente á frente con sus ejércitos victoriosos; el primero, el más rico ciudadano, acreedor de todos los personajes políticos, derrochador de una fortuna que parecía inagotable, y por extremo ambicioso; el otro general afortunado, lleno de vanidad y acostumbrado desde el tiempo de Syla á obtener cargos extraordinarios; ambos se entendieron contra la aristocracia que administraba pésimamente y cuyos abusos había demostrado con avasalladora elocuencia en el proceso contra el pretor Verres, un orador mimado del orden ecuestre, Cicerón.

Los dos generales fueron nombrados cónsules y abolieron la constitución de Syla, restableciendo la censura y devolviendo su poder á los tribunos (70). Tres años después el partido popular confiaba á Pompeyo una verdadera dic-